

Los fantasmas de Merlín

por Rafael M. Mérida Jiménez*

El actual panorama literario español ofrece una notable proliferación de las obras ambientadas en el Medievo. Ello sirve de pretexto, al autor del presente artículo, para reflexionar acerca del trato que el mago Merlín, uno de los personajes más celebrados del mundo artúrico, ha gozado en el decurso de la historia.

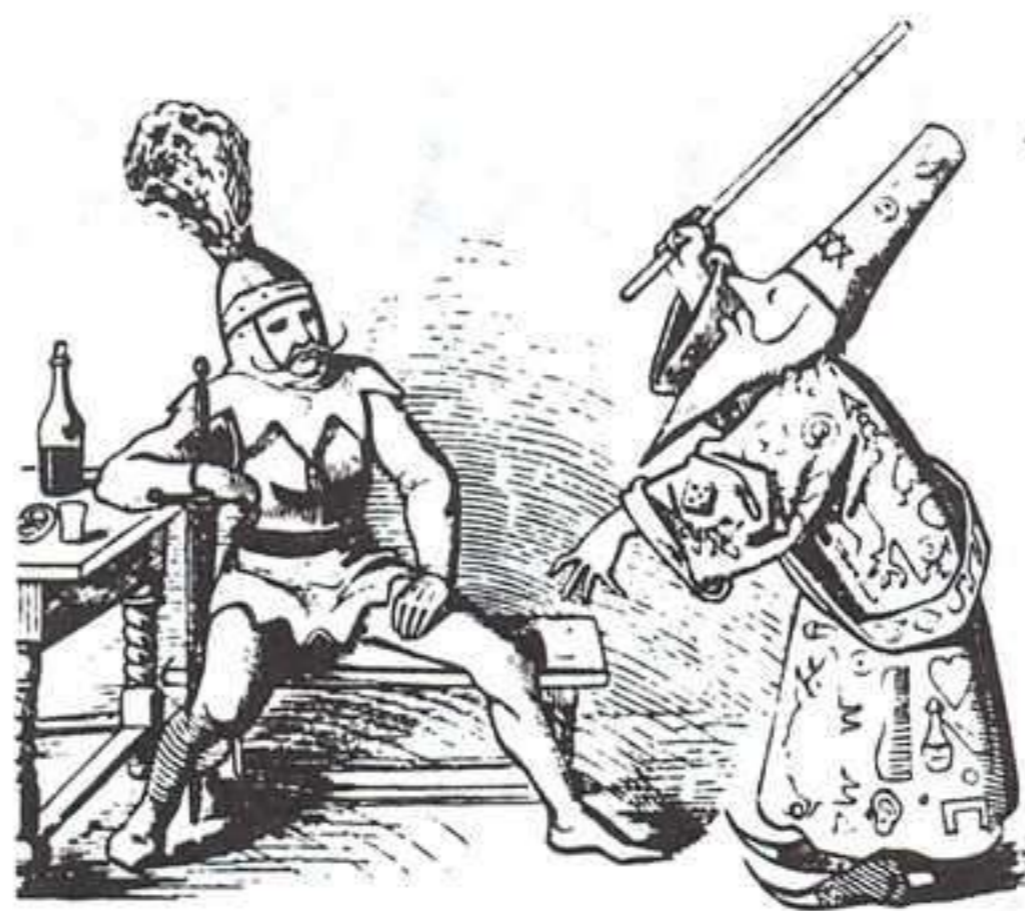


Hace unos años se publicó en una revista especializada un laborioso artículo de considerable valor —aunque inevitablemente incompleto— que ofrecía una suculenta información en torno a la presencia de los mitos artúricos en la cultura anglosajona de nuestro siglo: novela, teatro, poesía, música, cine, relatos infantiles y juveniles... La nómina resulta abundante y variada, y a ella debe remitirse cualquier curioso que desee comprobar cómo de T.S. Eliot a Enid Blyton, pasando por Monty Python, el recuerdo de aquel universo medieval ha seguido manteniéndose fructífero, sobre todo en las obras dirigidas a públicos populares.¹

Esta bibliografía podría ampliarse considerablemente si añadiéramos los resultados obtenidos en otros ámbitos lingüísticos, pues no se me antoja menos interesante observar las transformaciones que aquel espíritu cortés y caballeresco ha disfrutado en países más cercanos a nosotros, si bien es cierto que la presencia de la corte de Camelot no parece tan abundante en otras culturas europeas.

Recreaciones medievales

En un dossier aparecido en la revista *Quimera* se plantearon algunas de las razones que podían haber propiciado una cierta «actualidad de la literatura medieval» en nuestra tierra.² Si no cabe la menor duda de que las temáticas e imágenes que allí se expusieron (el mecenazgo y la libertad creadora, el amor, la conciencia artística, la misoginia o el espíritu viajero) no han perdido interés, también se debería confirmar que hoy contemplamos un notable auge de las *recreaciones* ambientadas en el Medievo, filón de considerable éxito dirigido con frecuencia a un comprador nada especializado que devora con envidiable placer esos gruesos volúmenes de, por ejemplo, Marion Zimmer Bradley o S.R. Lawhead,³ escritores estos que, junto a otros muchos, han tomado el relevo a las exquisitas arquitecturas narrativas del erudito medievalista que fuera el autor de *El señor de los anillos*.



Durante los últimos años han llegado a nuestras librerías diversos volúmenes que, a partir de objetivos bastante dispares, han coincidido al otorgar un papel relevante a uno de los personajes más conocidos y característicos del mundo artúrico, tal vez el que haya sufrido un proceso de *vulgarización* más acusado y curioso de todos aquellos seres que se movían en la órbita de la Tabla Redonda. Me refiero, claro está, al mago Merlín.

Este adivino singular, «aquel francés encantador que dicen que fue hijo

del diablo», según la informada opinión de don Quijote (II, 23), cuyo legendario nacimiento se pierde en el corazón de las tradiciones orales célticas, aparece por primera vez (aunque no citado explícitamente) en la *Historia del pueblo bretón*, atribuida a Nenio, texto latino del siglo IX en el que un niño de padre desconocido se revela ante el rey Vortigern con unas dotes proféticas inusitadas.⁴

Merlín en la literatura cortesana medieval

Sin embargo, todavía no estamos frente al auténtico Merlín, que hará su entrada triunfal en la literatura cortesana medieval merced a las creaciones de Geoffrey de Monmouth, clérigo galés que vivió en la primera mitad del siglo XII, al que debemos no sólo una *Vida de Merlín*, sino también ese texto fundacional que fue la *Historia de los Reyes de Britania*, básico para comprender la génesis de la mitología en torno a Arturo, cuya singladura





profetiza.⁵ Curiosamente, no sería el gran Chrétien de Troyes quien diera carta de naturaleza a nuestro personaje en la literatura románica, sino que, al parecer fue, ya en el siglo XIII, Robert de Boron el autor que reconvirtiera al cristianismo todos los poderes paganos e infernales de Merlín en las aventuras del Grial. Desgraciadamente conservamos su trilogía muy fragmentariamente, por lo que el texto más importante relacionado con nuestro encantador, la *Historia de Merlín*, vinculada al ciclo de la *Vulgata*, sólo refleja una parte —aunque riquísima— de la proteica trayectoria de este sabio que se contemplará al final de sus días como una víctima de sus propias artes mágicas.⁶

Como atinadamente ha señalado Carlos García Gual, en el valioso prólogo a la *Vida...*, «Merlín es una figura inolvidable del universo novelesco artúrico. Así como en el mundo heroico griego el adivino tiene un representante trágico en Tiresias, el vate ciego y vetusto, implacable agorero, así en el mundo de los caballeros se alza la figura de Merlín, profeta primero y encantador después, como un elemento decisivo en la trama novelesca. Tiene a su manera un halo mítico y reaparece en las recreaciones de ese universo. Puede resurgir de mil maneras».⁷ A continuación voy a comentar tres de estas reencarnaciones contemporáneas, aprovechando, tal como apuntaba, tres obras que han

abordado los escaparates de novedades durante los últimos años.

La primera y más antigua de ellas es *Camelot* de Terence H. White (Debate), volumen que rescata la traducción publicada en 1968 de cuatro de los cinco textos emparentados con la tradición artúrica que este escritor nacido en Bombay empezó a publicar en 1939: «La espada en la piedra», «La reina del aire y las tinieblas», «El caballero maltrecho», y «Una velada al viento». A pesar de que el quinto título de la serie se denomine significativamente «El libro de Merlín» (ya aparecido en 1981), *Camelot* nos proporciona una aproximación suficientemente válida de los propósitos de White —al que, por cierto, recurrió Walt Disney para el argumento de su célebre película de animación *Merlín el encantador* (1963), y al que también remite la cinta norteamericana dirigida en 1967 por Joshua Logan a partir del musical de Lerner y Loewe.

La imagen que estos textos nos

ofrecen de nuestro personaje resulta chocante para todo aquel lector que previamente haya saboreado las descripciones medievales originales: muy lejos estamos del maléfico mago o del sagaz y respetado consejero de Arturo; Merlín parece rescatado ahora para propiciar un cuadro burlón de una sociedad por la que el autor sentía una cierta nostalgia pero que, en cualquier caso, suele ser observada desde una perspectiva irónica que consigue provocarnos más de una carcajada. A lo largo de estas páginas asistiremos a todo tipo de fantásticos malabarismos sinceramente recomendables, a pesar de la extensión, a todo aquel que desee contemplar aventuras en continua ebullición, y a un Merlín sabio y viajero que únicamente se verá relegado en las últimas escenas, sorprendentemente tristes, evocadoras de la decadencia del esplendor caballeresco.

La «Biblioteca Álvaro Cunqueiro», feliz iniciativa de la editorial Destino, va a permitir que las nuevas generaciones de lectores puedan acercarse con mayor felicidad a una de las obras más genuinamente fantásticas de la posguerra española. Entre la variada producción novelesca de este singular gallego, amigo de la imaginación fabuladora y de la recuperación de los mitos más hermosos (de Ulises a Simbad), destaca *Merlín y familia*, una aproximación nada sumisa a nuestra leyenda, como vamos a ver.



La fonda de don Merlín

Esta narración, repleta «de las más misteriosas magias, encantos, inventos, prodigios, trasiegos y hechizos», nos conduce, de la mano del joven criado del mítico personaje, hacia aquella selva de Esmelle «que cae a mano derecha viniendo a este reino por la banda de León» en la que se encuentra «la fonda de don Merlín». Observamos en todo momento la voluntad desacralizadora que, mezclando idealidad y prosaísmo, presenta la historia de este «hijo de soltera y de ajena nación» junto a las «plañideras de Lugo», que se permite expresiones medievalizantes como «una puente baja» o «Yo, cabe el atril» (o sea, «junto al atril»), y la llegada de un garboso inglés «que venía a Miranda desde Rennes de Bretaña por establecer si don Merlín, en sus vacaciones gallegas, había tenido descendencia».

Como demuestra Cunqueiro en el epílogo a la veterana edición de García Morales de *El Baladro del Sabio Merlín*, su conocimiento del pasado

literario parece deslumbrante.⁸ Tal vez sea ésta la razón que le permite ir *más allá* con absoluta irreverencia, pues el mago que transita por sus páginas no representa el final del trayecto ideado, sino el punto de partida para inventar un inusitado índice onomástico y un ritmo sostenido de asombrosa diversidad, que consigue la complicidad del catador un poco experimentado (desde el guiño más sencillo que representa aquella doña Ginebra «que era viuda de un gran rey que murió en la guerra» y la sorpresa divertida del neófito).

Frente al «viejo y fatigado» narrador de la obra de Álvaro Cunqueiro, que nos presenta sus gratos recuerdos de infancia como extraídos «de un cuerno maravilloso», el *Merlín* de Michel Rio (Muchnick) apuesta por una arriesgada voz en primera persona que nos habla sin concesiones: «Tengo cien años. [...] Llevo luto por un mundo y por todos los que lo poblaron. Soy el único superviviente. [...] Debo seguramente decirlo: creé un mundo y ha muerto». Ésta es la pers-

pectiva desde la que se va desgranando, con una nitidez y una justeza admirables, la rememoración de un viejo cansado que contempla «la muerte del hombre tres veces tendido en el sepulcro, y el triunfo del estío».

Sus recuerdos pretenden semejar los fogonazos de una mente ya gastada que en su selección del pasado intentara justificar la guerra como motor inevitable de la historia y, al mismo tiempo, iluminara las más brillantes escenas de un tapiz definitivamente enterrado. «Hijo del Diablo», además de «un sabio y un maestro entre todos los hombres», este enigmático anciano, ya desde los nueve años, parece condenado a ser el albacea de un universo por el que se suceden Uther, Pendragon, Arturo, Morgana, Gauvain o Viviana, con el loable propósito de inquietar al lector.

Nos confiesa Michel Rio en una nota final que su relato es una «escandalosa apropiación, una traición reducida en el espacio pero ilimitada en el espíritu» (que, curiosamente, también planteó en *Alisios* con la figura



de Robinsón). Y esto es mucho menos cierto que todas las aventuras que acaba de narrar, pues, como él mismo reconoce, su única intención ha sido «acaparar sin ninguna piedad una gran leyenda, tal vez la más hermosa, sin duda la más desordenada y desigual que nunca existió», para que redundase en su propio beneficio. Puedo garantizar que lo ha conseguido plenamente y que de esta manera se ha incluido en esa larga lista todavía abierta al futuro, en la que, «con otros muchos de vuestros conocidos y amigos, nos tiene aquí encantados el sabio Merlín ha muchos años», como afirmara cierto personaje en un célebre pasaje de Cervantes. ■

* **Rafael M. Mérida Jiménez** es crítico literario y Director de la colección *Héroes y Dioses*, de Montesinos.



HORACIO ELENA, MERLÍN, BARCELONA: TIMUN MAS, 1989.

Notas

1. Wildman, M.: «Twentieth-Century Arthurian Literature: an Annotated Bibliography», *Arthurian Literature*, 2 (1982), pp. 127-162, con un suplemento en el volumen posterior.
2. *Quimera*, 82 (1988), pp. 42-63; con artículos de Isabel de Riquer, Raffaele Pinto, M^a del Mar Fernández Vuelta, Víctor Millet y Rafael M. Mérida, así como con entrevistas a Carlos García Gual y Luis Alberto de Cuenca.
3. Lawhead, S.R.: *Merlín*, Barcelona: Timun Mas, 1981.

4. Edición de Gloria Torres Asensio, Barcelona: PPU, 1989, pp. 103-107.

5. Disponemos de traducciones castellanas de ambos textos en la «Selección de lecturas medievales» de la editorial Siruela, la primera de Lois C. Pérez Castro y la segunda de Luis Alberto de Cuenca. Véase también Alvar, C.: *El rey Arturo y su mundo. Diccionario de mitología artúrica*, Madrid: Alianza, 1991, pp. 296-299.

6. Edición de Carlos Alvar, Madrid: Siruela, 1988 (2 vols.).

7. Edición cit., p. XLI; texto recogido también en *Lecturas y fantasías medievales*, Madrid: Mondadori, 1990.

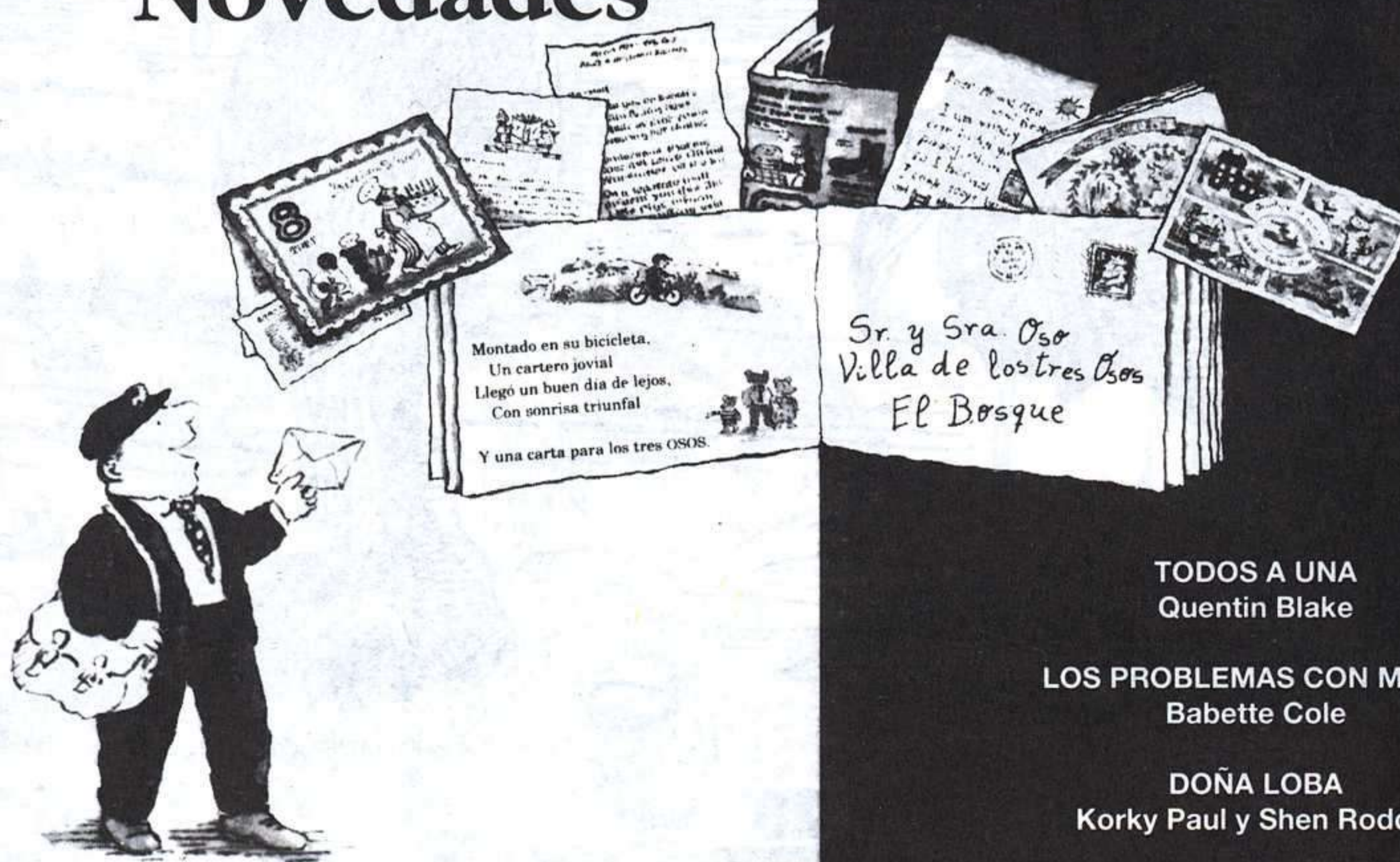
8. Madrid: *Joyas Bibliográficas, 1956-1960*, en dos tomos. Se trata de una de las pocas traducciones castellanas medievales conservadas, impresa en 1498.

EL CARTERO SIMPÁTICO EN NAVIDAD
Janet y Allan Ahlberg

UNA DULCE MIRADA
Arnal Ballester y Montse Ginesta

LOS TRANSPORTES TERRÍCOLAS
POR EL PROFESOR GALAX
Tony Ross y J. Willis

Novedades



TODOS A UNA
Quentin Blake

LOS PROBLEMAS CON MI TÍO
Babette Cole

DOÑA LOBA
Korky Paul y Shen Roddie